

**Misioneros de la Fe
a través de nuestra
PATERNIDAD Y MATERNIDAD SACERDOTAL**
Hna. Ma. Montserrat Osés

I. LLAMADOS A SER MISIONEROS DE LA FE

A través del Año de la Fe, el Santo Padre, nos convoca a toda la Iglesia a revitalizar nuestra fe y también a ser testigos de ella. Esta llamada se une de manera providencialista con la corriente misionera que toda la Familia internacional de Schoenstatt quiere vivir este año, en este caminar hacia el 2014.

“La renovación de la Iglesia pasa también a través del testimonio ofrecido por la vida de los creyentes: con su misma existencia en el mundo, los cristianos están llamados efectivamente a hacer resplandecer la Palabra de verdad que el Señor Jesús nos dejó.”¹

Por eso, queremos vivir esta Navidad como “misioneros de la fe”. El misionero es un enviado para dar testimonio de su fe; es el que ha tenido una experiencia tan fuerte de Dios que se siente elegido y enviado para contar (con palabras y con su vida) lo que ha vivido.

“Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos...”²

Lo anunciamos porque nos urge que los demás posean el mismo regalo que hemos recibido gratuitamente que es la fe. Que posean la belleza de nuestra manera de ver la vida, de ver al hombre y a Dios mismo, que nos regala nuestra fe católica.

“Gratis lo recibisteis; dadlo gratis.”³

Por eso, nuestra misión brota de lo más profundo del corazón, y está marcada por el sello de la alegría, porque ésta es la fe que nos hace felices

“Feliz tú que has creído”⁴, le dijo Isabel a María, y felices nos pueden llamar a nosotros también si creemos y más aún si vivimos como creemos. Es decir, si la fe toca nuestra vida, la hace “distinta”. Porque si no la hace diferente a la de los que no tienen fe, ¿para qué tenerla? No tendría sentido...

El Sto. Padre Benedicto XVI resalta muchísimo la belleza de nuestra fe. Es una visión preciosa la que nos está regalando para impulsar a toda la Iglesia a la Nueva Evangelización. No puede ser que irradiamos un cristianismo de normas y leyes negativas (el cristiano no puede.....) sino que tenemos que irradiar un

¹ Benedicto XVI, *Carta Porta Fidei*

² 1 Jn. 1, 3

³ Mt. 10, 8

⁴ Cfr. Lc. 1, 45

cristianismo positivo, un cristianismo de la alegría, de la esperanza, del Amor. Un cristianismo que regala la plenitud de la existencia humana, de lo más humano.

“*«Caritas Christi urget nos»* (2 Co 5, 14): es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. Hoy como ayer, él nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a todos los pueblos de la tierra (cf. Mt 28, 19). Con su amor, Jesucristo atrae hacia sí a los hombres de cada generación: en todo tiempo, convoca a la Iglesia y le confía el anuncio del Evangelio, con un mandato que es siempre nuevo. Por eso, también hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe. El compromiso misionero de los creyentes saca fuerza y vigor del descubrimiento cotidiano de su amor, que nunca puede faltar. La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo. Nos hace fecundos, porque ensancha el corazón en la esperanza y permite dar un testimonio fecundo⁵

Para meditar:

- ⇒ ¿Mi fe es, para mí, causa de alegría?
- ⇒ ¿Veo yo también la fe como sólo normas a seguir? ¿Normas que muchas veces me aplastan? ¿o veo mi fe como lo que me da alas para “mirar siempre hacia las estrellas”⁶, para aspirar a lo más alto y ser plenamente yo?

II. MISTERIO DE NUESTRA FE: “SE ENCARNÓ DE MARÍA, LA VIRGEN, Y SE HIZO HOMBRE”

Cada domingo, en la Sta. Misa, rezamos el Credo. El Credo no es sólo una oración, es nuestra confesión de fe, recoge lo nuclear de lo que creemos. La fe que tendría que darle a nuestra vida una impronta, un sello único. Os invito a que este año “conquistemos” el Credo, que estemos atentos en cada Misa a la hora de rezarlo, que lo digamos de corazón, que lo usemos para meditarlo en la oración personal, ¿qué me dice a mí cada frase? ¿lo creo realmente? ¿qué afecta a mi vida cotidiana esa creencia?

Tal vez haya afirmaciones del Credo que no entienda, que si alguien me preguntara por ejemplo qué significa “bajó a los infiernos” o la “comunión de los

⁵ Benedicto XVI, *Carta Porta Fidei*

⁶ J. Kentenich

santos”, no sabría qué decir. Para aprender tenemos el Catecismo de la Iglesia Católica, o el Youcat, o incluso google, así que no hay excusas, tenemos que dar razones de nuestra fe.

La Navidad recoge el gran misterio de nuestra fe, nuestra gran fuente de la alegría: la ENCARNACIÓN DE DIOS.

“Se encarnó de María, la Virgen y se hizo hombre”⁷

¡No nos cansemos de contemplar este misterio una y otra vez! ¡Qué grande es creer que *Dios se ha hecho hombre y ha puesto su tienda entre nosotros*⁸! No hay ninguna religión en la que Dios se abaje de esta manera para llegar hasta su creatura, haciéndose uno entre nosotros, hasta asumir todo lo humano (también nuestros límites: dolor, sufrimiento, cansancio...), todo menos el pecado.

“Durante este tiempo, tendremos la mirada fija en Jesucristo, «que inició y completa nuestra fe» (Hb 12, 2): en él encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano. La alegría del amor, la respuesta al drama del sufrimiento y el dolor, la fuerza del perdón ante la ofensa recibida y la victoria de la vida ante el vacío de la muerte, todo tiene su cumplimiento en el misterio de su Encarnación, de su hacerse hombre, de su compartir con nosotros la debilidad humana para transformarla con el poder de su resurrección. En él, muerto y resucitado por nuestra salvación, se iluminan plenamente los ejemplos de fe que han marcado los últimos dos mil años de nuestra historia de salvación.

*Por la fe, María acogió la palabra del Ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega (cf. Lc 1, 38). En la visita a Isabel entonó su canto de alabanza al Omnipotente por las maravillas que hace en quienes se encomiandan a Él (cf. Lc 1, 46-55). Con gozo y temblor dio a luz a su único hijo, manteniendo intacta su virginidad (cf. Lc 2, 6-7). Confiada en su esposo José, llevó a Jesús a Egipto para salvarlo de la persecución de Herodes (cf. Mt 2, 13-15). Con la misma fe siguió al Señor en su predicación y permaneció con él hasta el Calvario (cf. Jn 19, 25-27). Con fe, María saboreó los frutos de la resurrección de Jesús y, guardando todos los recuerdos en su corazón (cf. Lc 2, 19.51), los transmitió a los Doce, reunidos con ella en el Cenáculo para recibir el Espíritu Santo (cf. Hch 1, 14; 2, 1-4)*⁹.

Para meditar:

- ⇒ ¿Qué significa para mí “Se encarnó de María, la Virgen y se hizo hombre”?
- ⇒ La fe que rezo y proclamo en el Credo ¿es para mí fuente de alegría?

⁷ Credo Niceno-constantino-politano

⁸ Cfr. Jn. 1, 14

⁹ Benedicto XVI, *Carta Porta Fidei*

- ⇒ Este credo ¿hace que mi vida se distinga en algo de la vida de los que no tienen fe?
- ⇒ ¿Cómo puedo conquistar el Credo? ¿cómo puedo hacerlo más mío?

III. MISIONEROS DE LA FE A TRAVÉS DE NUESTRA PATERNIDAD Y MATERNIDAD SACERDOTAL

El padre Kentenich dice:

“Nosotros los laicos también tenemos una misión divina similar y, hasta cierto punto, exactamente igual a la de los sacerdotes. [...] Preguntémonos qué es lo más importante para lograr movilizar a nuestros católicos. [...] En el cristianismo necesitamos una nueva actitud espiritual fundamental. Y tal actitud está basada en la gran idea, la gran verdad de que todos nosotros somos enviados por Dios. No sólo el sacerdote sino también el laico tienen una misión para todo el mundo, para la cristianización del mundo y del pueblo”.

*“¿Qué nos une entonces a todos nosotros, los educadores [dirigentes] católicos aquí congregados? Es la conciencia de responsabilidad, pero una conciencia de responsabilidad cuyo fundamento más hondo y su fuerza motriz más perfecta residen en la misión divina. Lo que nos une es la profunda conciencia de responsabilidad, fundamentada en la misión divina, por la cristificación de todo el mundo, comenzando por la cristificación de nuestra patria”.*¹⁰

Tenemos una misión divina, es decir, una misión que viene de Dios y una misión que diviniza el mundo, que lo hace más de Dios. La misión del apóstol, del misionero, no es sólo hablar de Dios, sino sobretodo hacerlo presente. Esto significa “cristificar el mundo”, hacerlo de Cristo.

Pero ¿es posible que nosotros estemos llamados a algo tan grande? Miro esta misión: Cristificar el mundo... miro mi vida cotidiana... y el mundo me puede resultar inabarcable... ¿por dónde empezar? La respuesta está en nuestra vocación, en lo que ella nos marca: nuestra familia. Cristificar el mundo significa para nosotros cristificar nuestra familia. Y a partir de ahí vendrá todo lo demás... si somos sal y luz en nuestra familia, ya estamos siendo sal y luz del mundo.

*“No podemos dejar que la sal se vuelva sosa y la luz permanezca oculta”*¹¹

*“Nadie enciende una lámpara y la pone en sitio oculto, ni bajo el cedemín, sino sobre el candelero, para que los que entren vean el resplandor”*¹²

¹⁰ P. José Kentenich, *Educación mariana para el hombre de hoy*. Ed. Patris, 1991.

¹¹ cf. Mt 5, 13-16

¹² Lc. 11,33

Nuestra familia es el “candelero” donde tiene que brillar la luz, el resplandor de Cristo.

“Con mucha frecuencia hemos dicho: queremos ser una familia de Nazaret que encarne el rostro del tiempo más nuevo, de la Iglesia más nueva.”

“¡Familia de Nazaret! ¿Qué aspecto tiene? Es en primer lugar una familia unida en el amor. Reina, pues, en la familia, un amor universal. Pero allí también reinan el espíritu de pureza, el espíritu de paz, la alegría, la verdad, la justicia, la disponibilidad alegre para el sacrificio, un preclaro espíritu de lucha y una amplia conciencia de misión. Ustedes harían bien, y sería provechoso que examinaran su propia familia desde este punto de vista”.¹³

Pero para que nuestra familia sea ese “candelero”, ese reflejo de la familia de Nazaret, en primer lugar tiene que serlo nuestro matrimonio, porque somos la raíz de la familia.

Tenemos que irradiar la luz de Cristo y eso sólo se logra si procuramos ser “personalidades sacerdotales” reflejando la paternidad y la maternidad de Dios.

“Bajo la protección de María, queremos aprender a educarnos a nosotros mismos, para llegar a ser personalidades libres, recias y sacerdotales.”¹⁴

El tiempo de Adviento, es el tiempo propicio para educarnos como personalidades sacerdotales, una personalidad fuertemente anclada en Dios y entregada a los hombres, para ser puente, camino, vínculo de unión.

Felipe le dijo a Cristo: “Señor, muéstranos al Padre y nos basta”¹⁵ y la respuesta de Jesús fue “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”.¹⁶

La única manera de mostrar a Dios es reflejándolo, encarnando sus rasgos paternales y maternales. Cristo nos lanza un gran reto: mostrar también nosotros el rostro de Dios.

Vuestros hijos conocerán a Dios de verdad, sólo si lo ven y lo sienten en vosotros. Si no, Dios sólo será una idea pero no Alguien real, personal, que me habla y al que puedo hablar, y sobre todo Alguien que me ama y al que puedo amar.

El sacerdote es puente, camino, vínculo de unión y en las dos direcciones: de los hombres hacia Dios y de Dios hacia los hombres.

Por eso, no basta con hablar de Dios a los hombres, también hay que hablar a Dios de los hombres.

¹³ J. Kentenich

¹⁴ J. Kentenich, *Acta de Pre-fundación*, 27 octubre 1912

¹⁵ Jn 14, 8

¹⁶ Jn 14, 9

Vivir la vocación matrimonial y familiar de una forma sacerdotal significa:

- ser un puente hacia Dios para mi cónyuge (y que él lo sea para mí)
- ser un puente hacia Dios para mis hijos

Tenemos vocación de instrumentos para que nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos lleguen a Dios, tengan fe.

La fe es un don, pero nosotros podemos facilitar u obstaculizar que este regalo llegue y más aún que sea aceptado.

Ésta es la importancia de asumir el gran valor que tienen los *preámbulos afectivos de la fe*, o sea, las vivencias naturales que aseguran y dan consistencia a las vivencias sobrenaturales. El mundo sobrenatural necesita su concreción en el plano natural. La fe que queremos trasmitir a nuestros hijos debe captar no sólo su razón y su voluntad, sino que debe ir más allá, debe llegar a captar el inconsciente.¹⁷

No basta con ser cristianos observantes para que la fe penetre todas las capas de la personalidad, se necesita mucho más. Hay que dar el paso de una noción de fe marcada sólo por las ideas, o sólo por la moral, o sólo por lo devocional, a una fe viva y que ilumine desde Cristo todas las dimensiones de nuestra vida.

- ¿Qué significa una fe marcada por las ideas?
Una fe donde el conocimiento prima, las verdades y las enseñanzas. Pero ¿y la aplicación de esas verdades?, no basta con saber, hay que saber vivirlas y adherirnos a ellas por una convicción desde el corazón.
- ¿Qué significa una fe marcada por lo moral?
Aquella que busca alcanzar las virtudes cristianas y que mira la realidad desde la perspectiva de lo bueno y lo malo. Pero, ¿qué ocurre con los procesos de vida para alcanzar esa vida virtuosa? ¿cómo nos manejamos con nuestras debilidades y en los ambientes adversos? No basta con exigir y vivir en forma moralmente intachable, hay que comprender el proceso interior que lleva a una vida virtuosa.
- ¿Qué significa una fe marcada por lo devocional?
Aquella que funda su eficacia en la observancia de ritos, en la participación sacramental, en las prácticas religiosas. Pero, ¿qué ocurre cuando entramos en conflicto con las formas, o éstas se debilitan o ya no están aseguradas? La forma es expresión de un fondo y la gracia necesita la naturaleza para ser plenamente eficaz.

Una fe conceptual, moralista y devocional no es errada en sí, pero es incompleta. Se trata de conquistar una fe que capte la totalidad de la persona, a la manera como Cristo fue captando a los suyos, hasta transformarse en una forma de vivir, de entender la realidad, de ser, con su palabra, su vida y su

¹⁷ Este párrafo y los siguientes que hacen referencia a los preámbulos de la fe están tomados directamente del *Taller Ser Familia* o basados en él.

obra, el puente de unión entre la fe y la vida concreta en todas sus dimensiones.

¿Qué vivencias, como preámbulos de la fe, son fundamentales para que el Dios de la vida, y no sólo el de las ideas, de las normas y de los ritos, ilumine nuestra existencia?

Las más importantes son:

1- La vivencia del padre:

La vivencia paterna en el plano natural determina e ilumina la vivencia paterna de Dios. El Dios omnipotente, omnisciente y omnipresente se hace concreto en un padre que se interesa por sus hijos, que los conoce, que los conduce, que se las juega por ellos, que siempre cree en la bondad y en las posibilidades de cada uno, que les ayuda a levantarse en las caídas, que les muestra el mundo y les regala esa seguridad 'efectiva' para atreverse y comprometerse en la vida.

2. La vivencia de la madre

La vivencia materna en el plano natural determina e ilumina la vivencia materna de Dios. Ese Dios comprensivo, fiel, servicial, dispuesto al sacrificio por aquellos que ama. Un Dios que nos ama personalmente con un amor incansable, generoso, heroico y fiel. Que nos ayuda a reconocer en nuestras debilidades una posibilidad de experimentar la misericordia y la integración. La madre regala a los hijos la seguridad 'afectiva', tan necesaria para enfrentar las exigencias y las contingencias de la vida.

Junto a estos preámbulos de la fe, están las vivencias religiosas propiamente tal, que podemos tener en el interior del hogar. La familia vive con Dios, vive de la fe. Comparte con Dios y María, sus alegrías, dolores, preocupaciones y le imprime a esto, su sello propio.

El hogar debe ser un lugar de oración: que los hijos vean rezar a la mamá y al papá, que lo hacen con gusto y no se avergüenzan. Que se acude a los sacramentos regularmente y juntos participan en la Eucaristía dominical. Que hacen oración antes de las comidas. Y al tener que tomar decisiones importantes, primero hacen oración para preguntarle a Dios, a la Mater, qué deben hacer. Lugar donde se celebra los tiempos litúrgicos: Navidad, Semana Santa, Pentecostés o fiestas marianas.

Por eso, paternidad y maternidad sacerdotal significan también

- Creer de tal manera que mi hijo descubra la fe como una verdad en la que merece la pena creer.
- Celebrar la fe de tal manera que el otro descubra en los ritos, sacramentos y en las propias celebraciones y costumbres familiares, la alegría de tener a Dios presente.

Para meditar:

- ⇒ ¿Soy para mi cónyuge un puente hacia Dios? ¿Lo es él para mí?
- ⇒ ¿Lo soy para mis hijos?
- ⇒ ¿Cómo es mi fe? ¿es demasiado intelectual? ¿o sólo moralista o devocional?
- ⇒ ¿Qué rasgos concretos de Dios irradia mi ser paternal/maternal? ¿cuáles quisiera irradiar más conscientemente?
Elijo un rasgo para conquistarlo ya en este tiempo de Adviento.
- ⇒ ¿Procuramos tener en casa vivencias religiosas? ¿tenemos ritos, costumbres, lugar y momentos concretos de oración, de encuentro con el Dios de la vida?

IV. ENVÍO

En los orígenes del cristianismo, la Iglesia fue gestándose desde las ‘Iglesias domésticas’. Desde ellas -antes que existieran las parroquias o los monasterios- brotó el cristianismo y paulatinamente se fue conformando una cultura marcada por el sello de Cristo.

Ahora, estamos seguros, debe reeditarse el mismo proceso. Hoy, más que nunca, son necesarios los matrimonios y las familias encendidas por el fuego misionero del Señor.

Es una urgencia para la Nueva Evangelización. Por eso, aprovechamos la Navidad como un tiempo de misión: que muchos puedan conocer la belleza de nuestra fe, comenzando por el verdadero significado de la Navidad.